

Zona verde

A veces es más fácil salir del armario que de la casa, al menos en mi caso. Una mañana bajé la escalera con todas las prisas que una tiene por la mañana cuando ya sabe que es muy poco probable llegar a tiempo al trabajo. Abrí la puerta que da a la calle y ahí me quedé, porque no pude dar ni un paso más. Había dos motos aparcadas en la cera, apoyándose mutuamente la una contra la otra, tal vez por el frío del invierno o para protegerse una a la otra contra las injusticias de este mundo. La verdad es que en el primer momento pensaba, ¡qué bien! Llamaría al trabajo para decirles que no puedo venir porque la salida de mi casa estaba bloqueada. Estaba pensando en esta posibilidad cuando pasaba una señora con su perro que se meaba en las partes traseras de las motos, esparciendo su chorro de orina equitativamente – esto sí – en ambas ruedas, el perro, por supuesto, no la señora. Ella me saludaba amablemente y con una cara de misericordia decía, vaya las motos, cada vez haz más tráfico en esta ciudad. Después seguía su camino en medio de la calle con el perro desmeado y feliz de la vida. Pensaba, nadie me creyera una cosa así, y mucho menos los de mi trabajo, que son todos muy listos. Saqué el móvil para llamar a mi amiga que siempre tiene soluciones para las situaciones más difíciles y además es de aquí. Justo cuando marcaba el número, pasaba un coche de la guardia urbana y yo, saltando y dando señales para llamar su atención. Pararon, me miraron, miraron también las motos y me decían, señora, tiene usted un problema de tolerancia motociclitica, váyanse al medico, le recetará unas pastillas, que tenga usted un buen día, y se fueron, dejando

Zona verde

atrás una simpática nube blanca que salía del tubo de escape. Volví a llamar a mi amiga, trepa, me dijo, perdóname, te tengo que dejar, estoy entrando en un túnel. Pensé, ¡qué buen consejo! y empecé a trepar por las motos. Al fin y al cabo, todos estamos en el mismo barco, luchando por nuestro sitio en este mundo, qué vamos a hacer. En este momento la vecina abrió la puerta de su balcón y gritaba, oye, ¡por aquí no se puede, eh! Son las motos de mis hijos, ¡cuidado! Como si hubieran esperado este momento, todas las señoras de mi calle aparecieron en las ventanas. ¿Y como voy yo al trabajo? grité yo, desesperada. Pues, te aguantas como todos, me decían. En este momento decidí volver a casa, tal vez tenía que empezar de nuevo, bajando la escalera, abriendo la puerta y salir a la calle como si nada. Hay días que son así.